

VII. HACIA UNA NUEVA TEORIA DE LA ENFERMEDAD.

Nasamecu gozó de amplia popularidad, pero antes de que tuviera muchas semanas de publicado, Groddeck ya lo lamentaba. Se encontró en la incómoda posición de oír cómo elogiaban por doquier a su libro, no por su premisa, *La Naturaleza Sana*, que él consideraba válida, sino por su ataque al psicoanálisis freudiano. En comparación con las críticas llenas de vituperios que entonces abundaban, el ataque era suave, pero él lo consideró injustificado. Había escrito:

Especialmente en los últimos años, los acontecimientos de la vida diaria y los misterios del sexo se relacionan con una facilidad acaso excesiva. Un cambio de las leyes morales parece en vías de producirse, cuyo resultado nadie puede predecir si conducirá a la elevación o la decadencia de la humanidad... El problema del psicoanálisis es ir, mediante la exacta investigación de lo más íntimo del corazón, de síntomas de toda clase de enfermedades, físicas o psíquicas, a tremendas experiencias psíquicas que el paciente sufrió en la primera infancia y que son, principalmente, de carácter sexual... Ahora los psicoanalistas consideran que su tarea particular es la revelación de esta experiencia, mostrando que es inofensiva, explicándole al paciente el desarrollo de sus sufrimientos a partir de su vano intento de matar las ideas, y curándolo de esta manera. Reconozco que Freud, el fundador de este movimiento, ha ampliado considerablemente nuestro conocimiento de la mente.

También aprecio la competencia y el sorprendente éxito de este tratamiento en casos especiales y por médicos especializados... No obstante, los casos de enfermedad que requieren urgentemente ese tratamiento y en que ningún otro podría sustituirlo, son escasos. Los médicos lo suficientemente grandes, poco egoístas y bondadosos para practicar ese tratamiento sin perjudicar al paciente, son todavía más escasos. De una vez por todas él (el paciente) se convierte en el esclavo de su médico, siente las cadenas aunque tenga el valor de liberarse de ellas. Hace falta una mente fuerte para liberarse... Ni siquiera los psicoanalistas con elevación de espíritu pueden evitar esta dificultad. ¿Y cuántos tienen ese elevación de espíritu?

Todo este movimiento tiene aproximadamente el mismo efecto que tomar una jeringa de morfina e inyectar a todas las personas que tienen algún dolor. Ahora son principalmente los médicos los que utilizan el peligroso veneno del psicoanálisis. Pero esto no durará mucho. Esta práctica no quedará dentro del círculo de los médicos. Se extenderá como una epidemia, ya se ha extendido... Que deplorable será si todo el que imagina que tiene un conocimiento psicológico remueve los secretos de amigos, parientes o protegidos. Todo el mundo lo imaginará, porque todo el mundo, en el carácter de padre, maestro, tutor, amigo o marido, se ve obligado a practicar alguna especie de psicología. Será como tocar el piano. Como existen dos o tres grandes pianistas, todos los niños y niñas de escuela tienen que sentarse frente al instrumento de tortura. Pero el piano mal tocado solo perjudica los oídos, y jugar con el psicoanálisis desgarrará innumerables corazones.

El que haya conocido a un infeliz paciente que ha pasado por las manos de psicoanalistas expertos y escrupulosos sin encontrar la curación deben preguntarse qué habría pasado en caso de caer en manos de un charlatán. Algunos son ya tan fatuos que creen entender todos los secretos del pensamiento y la poesía porque ahora aparece impreso en los libros que los sueños pueden explicarse sexualmente y que los niños saben mucho más del mundo de lo que pueden creer los padres pudibundos y ciegos. El hombre sigue siendo el mismo. Descubre una pequeña verdad y cree que es un dios que lo entiende todo.

Algunos de los temores de Groddeck resultaron justificados. Ernest Jones escribió acerca de personas no preparadas que se constituían en maestros de psicoanálisis y ponían anuncios en periódicos ingleses ofreciendo cursos de preparación. Todo el que había oído la palabra psicoanálisis tenía una opinión sobre ello. Los chismes, el escándalo y la mala información se difundían rápidamente. Había historias de psicoanalistas que prescribían la actividad sexual como un tratamiento para la melancolía, los tics nerviosos y las erupciones de la piel. Como predijo Groddeck, resultaría poco práctico, en el mejor de los casos, psicoanalizar a todos los pacientes. En cuanto a que el paciente se convertía en esclavo de su médico, era bastante cierto. Freud escribió: “La transferencia es realmente una maldición” y durante mucho tiempo, liberar al paciente del médico fue un problema serio.

La afirmación de Groddeck sobre “una pequeña verdad” es desgraciadamente todavía válida. La opinión laica popularizada se sostiene todavía ampliamente, en especial por aquellos que favorecen las explicaciones simples, de que toda creatividad puede entenderse llamándola sexualidad sublimada.

Lo que preocupaba a Groddeck sobre *Nasamecu* no era un cambio de opinión -cambiaría de opinión muchas veces, sin excusarse- sino su disgusto por haber escrito sin conocimiento directo, de primera mano. Todo lo que sabía acerca del psicoanálisis era lo que le habían dicho. Nunca había leído un libro de Freud.

Sin embargo, cuando sus colegas lo felicitaban por haber aniquilado al psicoanálisis, el mismo utilizaba ya métodos psicoanalíticos, a los que llamaba “tratamiento psíquico”. Los consideraba aplicables y útiles, en diversos grados, para todos los pacientes.

Frau A., por ejemplo, aunque mejoró considerablemente en 1901 con un régimen de masaje intensivo, baños y dieta, solo mejoró temporalmente. En su estudio de ese caso escribió Groddeck:

El único motivo de queja estaba en el hecho que, cada cierto tiempo, el tratamiento tenía que repetirse completamente de nuevo, porque constantemente se estaban formando nuevas piedras. Así marcharon las cosas durante doce años. Mientras tanto, yo había empezado a combinar la psicoterapia con mis antiguos métodos de tratamiento, y para mi propia sorpresa me había dado grandes ventajas. Cuando me sentí más confiado en mi propia técnica, decidí aplicarla también a esta paciente de edad, y lo hice en 1913. Desde ese momento hasta su muerte por edad avanzada en 1925, nunca volvió a mostrar los menores signos de cálculos, de modo que pienso que podemos suponer que fue el tratamiento psíquico el que puso fin a ese mal. Durante la época en que utilice solo medidas físicas, expulsé más de cien piedras.

La búsqueda de una explicación de su éxito con la psicoterapia en el tratamiento de la enfermedad física lo llevó a un nuevo concepto de lo que constituía la enfermedad. La enfermedad no era ya comprensible para él como un mal funcionamiento mecánico o químico de los órganos, sino que se convertía en una creación, un símbolo, y sobre esta premisa se propuso escribir un libro.

Inevitablemente, su nueva visión afectaba su vida personal lo mismo que su práctica. En 1914, después de años de alejamiento, se separó por fin definitivamente de Else.

Siguió manteniendo buenas relaciones con sus hijos, especialmente con el niño Joachim. Bárbara, ahora de trece años, se quedó algún tiempo con Else y después se fue a vivir con unos amigos de Groddeck en Baden-Baden.

El mismo año, Hans, el último de sus hermanos, murió. Ahora estaba verdaderamente solo y trató de ocuparse lo más posible. Como presidente de la sociedad cooperativa, proyectó una tienda de víveres cooperativa, que fue un éxito inmediato. Al recordar la infortunada aventura de su padre en un proyecto de construcción, creó otro totalmente diferente. Fundó una sociedad cooperativa para la construcción y un grupo de casas a bajo costo fue construido no lejos de la estación de ferrocarril de Baden-Baden. Las casas todavía están allí, todas ocupadas.

Y entonces llegó la guerra. Como experimentado cirujano del ejército, Groddeck fue encargado de un hospital de la Cruz Roja en Baden-Baden. Tenía a su cuidado más de cien pacientes, oficiales y soldados, y tuvo la oportunidad de combinar sus nuevos métodos con los antiguos. Los resultados fueron satisfactorios.

Hubo una complicación. La versión oficial del ejército alemán respecto de los pacientes de hospital era que la mayoría de ellos fingían la enfermedad. Un día, mientras Groddeck no se encontraba allí, llegó inesperadamente

un comité de investigación. Los miembros del comité hablaron con algunos pacientes, examinaron rápidamente a uno o dos y arbitrariamente dieron de baja a varios hombres para enviarlos a servicio inmediato en el frente. Se ordenó que otros fueran trasladados a hospitales donde el ambiente y el tratamiento fueran menos agradables. Se rumoraba, según sostuvieron algunos después, que a algunos de los hombres se les sometió a descargas eléctricas en un esfuerzo por hacer la vida del hospital más terrífica que el combate.

Cuando Groddeck volvió al hospital y se enteró de la visita y de su resultado, montó en cólera. Se sentó inmediatamente y escribió una carta furiosa al general en jefe. No atemperó sus frases, convencido de que la verdad triunfaría, y contando quizás con la influencia de la hermana y el cuñado del Káiser, que eran sus pacientes. Para su decepción, recibió una comunicación formal dos semanas después, relevándolo del puesto. Ya no lo necesitaban en el ejército.

No quería abandonar su puesto; había llegado a considerar a sus pacientes como niños que confiaban en él, pero no había otro recurso. Recorrió todas las camas y sillas de rueda y se despidió. Con un verdadero sentimiento de pesadumbre, salió del hospital mientras los pacientes cantaban en su honor: “Una vez tuve un compañero, nunca encontrarás otro mejor.”

La pesadumbre no duró mucho. Volvió al sanatorio y pronto se encontró ocupado con nuevos pacientes. En junio de 1915, le pidieron que examinara a una bella y joven viuda sueca, Emmy von Voigt, que se sentía deprimida y desesperada por sus síntomas. Aceptó verla y dar su opinión, aunque dos médicos habían afirmado que debía someterse a una operación, por ser víctima de hemorragia uterina incurable. Habían utilizado varias medicinas sin éxito, ella había perdido sangre peligrosamente, pero había oído hablar de Groddeck en alguna parte y quería verlo antes de someterse a la operación. Así lo describió: “Vino a verme, examinó mis antecedentes, me miró con ojos terribles y dijo: ‘¿Quiere usted ser operada?’ Y yo dije: ‘No’.”

Fue trasladada al sanatorio, donde Groddeck pasó un par de horas hablando con ella. De repente, a ella le dio miedo: no podía soportar sus ojos. “Me miraba con los ojos de mi madre.” Y ya fuera la mirada de su madre o la manera de hablar u otra cosa, la hemorragia se detuvo, la depresión desapareció y en un par de semanas pudo marcharse.

No se fue inmediatamente, sino que descansó en el sanatorio y observó a Groddeck. Ella era masajista, pero nunca había visto dar masaje de esa manera. Se dedicó a aprenderlo y en el invierno de 1916 fue a Hamburgo y trabajó en un hospital militar. En julio de 1917, después de una nutrida correspondencia, volvió a Baden-Baden para trabajar como asistente de Groddeck.

Aunque todavía utilizaba el masaje, Groddeck lo consideraba ahora como una psicoterapia y empezó a tomar nota de sus efectos. Su encantadora ayudante era una ardiente admiradora que, desde un principio, lo consideró como un hacedor de milagros. Ella no cambió nunca de opinión, ni durante los años en que ambos esperaron su divorcio, ni durante su matrimonio, excepcionalmente feliz. Nunca dudó de su grandeza y aun antes de su vuelta a Baden-Baden, lo instaba a escribir un libro acerca de su nueva terapia. Tenía una veintena de historias médicas y había redactado páginas enteras de notas. Pero antes de dedicarse a ese libro, comprendió que tenía que escribir algo mucho más difícil.

El 27 de mayo de 1917, le escribió una larga carta a Sigmund Freud.

VII. “Hacia una nueva teoría de la enfermedad”, pp. 47-51, EL PSICOANALISTA PROFANO. Vida y obra de Georg Groddeck, Carl M Grossman y Sylva Grossman, 1ª Edición en español, 1967, Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis, Editorial Fondo de Cultura Económica, México.

Volver a publicaciones de y sobre Georg Groddeck

Volver a News 7-ex-61